

que tienen una vida un poco mas arreglada? Pues compongamos estas opiniones prácticas con las ideas que tenemos de nuestra religion.

S. Sebastian era caballero: habiale hecho capitán de sus guardias el emperador: era su favorecido; pero al mismo tiempo era cristiano; y como tal nunca se tuvo por mas dichoso, que cuando se vió desposeido de sus bienes, privado de sus empleos, amarrado á un tronco, y cubierto de saetas por amor de Jesucristo. Estos son los sentimientos de los Santos: ¿y nuestra conducta corresponde á estas sus máximas? De buena fe: al ver como se portaron los Santos, y como procedemos nosotros, ¿se creerá que somos todos de una misma religion? Pero siendo nuestro proceder tan distinto, ¿tendremos fundamento para esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que estas reflexiones que por vuestra misericordia hago hoy para convertirme, sirvan algun dia para mi mayor condenacion. Vuestras máximas son santas, son verdaderas, y yo os prometo no sentir otras jamás. De hoy en adelante serán la regla de mi conducta; así como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS. — Seréis bienaventurados, si padecéis alguna cosa por la justicia. (*Petri* 3.)

¿Qué semejanza hay entre Cristo y Belial? ¿ó qué union puede haber entre la luz y las tinieblas? (2. *ad Corinth.* 6.)

PROPOSITOS.

1 No te contentes con condenar las máximas del mundo; pues ya se sabe, que el entendimiento se convierte antes que la voluntad. Imponte una ley, no solo de no defenderlas jamás en las conversaciones, sino de renunciarlas verdaderamente en la práctica. Para esto haz un firme propósito de no asistir á aquellas concurrencias ó funciones de donde está para siempre destruido el espíritu del cristianismo; de no concurrir jamás al baile ni á los espectáculos: y cuando la necesidad, ó la atencion indispensable te precisen á dejarte ver en semejantes funciones ó fiestas, que sea siempre mostrándote cristiano en ellas.

2 Mira las adversidades de la vida, y las desazones que trae consigo el comercio del mundo; míralas, digo, con aquellos ojos con que Cristo quiere que se miren, y nunca las mires á otra luz, ni debajo de otros colores falsos. ¿Eres contradecido, despreciado, maltratado? Pues nunca se te caiga de la boca este

oráculo: *Non sunt condignæ passionēs hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis.* Ninguna proporcion tienen las aflicciones de esta vida con la gloria que nos espera en la otra; ó aquellas hermosas palabras del Apóstol S. Pedro: *Si quid partimini propter justitiam, beati.* Bienaventurados los que padecen algo por amor del Señor.

Tambien es un ejercicio muy agradable á los ojos de Dios repetir alguna breve oracion, ó jaculatoria, aunque no sea mas que un *Gloria Patri*, en accion de gracias siempre que nos sucede algun contratiempo, algun trabajo, alguna cosa que nos humille. En los reveses de la fortuna, en un suceso desgraciado, en la pérdida del pleito, en el despojo de cargo, en una humillacion, que no se esperaba, decir con el Profeta: *Bonum mihi, Domine, quia humiliasti me.* Señor, me tengo por muy dichoso, porque me habeis mortificado, porque me habeis afligido, porque me habeis humillado. Este es el espíritu del cristianismo, y el verdadero cristiano no debe tener otro lenguaje, ni otros sentimientos en punto de trabajos y de desprecios. Pocos hay que conozcan el precio y el mérito de este tesoro. No hay camino mas seguro, mas breve para el cielo. Quizá tampoco hay medio mas eficaz para ser santo.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SANTA INÉS, virgen, en Roma, á la cual Sinfonio, prefecto de la ciudad, mandó echar en el fuego; y habiéndose apagado por oracion de esta Santa, fué degollada. De ella escribe S. Jerónimo estas palabras: « En las lenguas y letras de todo el mundo y especialmente en la Iglesia es alabada la vida de Sta. Inés, porque venió á su tierna edad y al tirano, y consagró con el martirio el título de la castidad. » (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN PUBLIO, obispo, en Atenas, que gobierno sabiamente aquella iglesia despues de S. Dionisio Areopagita: y esclarecido en virtudes y resplandeciente en doctrina, sufrió gloriosamente el martirio por Jesucristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES FRUCTUOSO, obispo, AUGURIO, y EULOGIO, diáconos, en Tarragona de España: los cuales en tiempo de Galieno, emperador, primeramente fueron encarcelados y despues echados en una hoguera; y habiéndose quemado las ataduras, estendieron las manos en cruz y haciendo oracion consumaron el martirio: en la festividad de estos Santos predicó S. Agustín á su pueblo. (*Véase su historia en las de este dia.*)

SAN PATROCLO, mártir, en Troyes de Francia, el cual en tiempo del emperador Aureliano alcanzó la corona del martirio.

SAN MEINARDO, ermitaño, en el monasterio de Richenon en Suiza, á quien dieron muerte unos salteadores.

SAN EPIFANIO, obispo y confesor, en Pavia.

SANTA INÉS, VÍRGEN Y MÁRTIR.

SANTA Inés, admirada de todo el mundo, como dice S. Jerónimo, y tan celebrada en toda la universal Iglesia, nació en Roma hácia el fin del tercer siglo, de padres nobles, ricos y virtuosos. Los grandes dotes, que desde luego descubrieron en su hija, contribuyeron no poco á aumentar el desvelo con que se aplicaron á cuidar de su educacion. Criáronla en un grande amor á la religion cristiana, y desde sus mas tiernos años formó Inés una idea cabal del estado feliz de la virginidad.

Las instrucciones de sus padres solo sirvieron de fomentar las impresiones de la gracia. El Espíritu Santo habia producido en aquel tierno corazon unos sentimientos tan nobles, y tan cristianos, que á los diez años de su edad parecia haber llegado á una consumada, y eminente perfeccion. Amó á Dios, dice S. Ambrosio, desde que pudo conocerle, y se puede decir que le conoció desde que nació. Las diversiones de la niñez eran únicamente los ejercicios de la devocion mas tierna. Fué niña en los años, pero no en las inclinaciones, ni en los sentimientos. Su rara hermosura añadía nuevos realces á su modestia. Era extraordinaria su piedad, y la extrema ternura con que amó á la Reina de las vírgenes casi desde la cuna, la inspiró un amor, y una estimacion tan grande de la virginidad, que apenas tenia uso de razon, cuando se resolvió á no admitir nunca otro esposo, que á solo Jesucristo. No tenia mas que trece años, cuando su hermosura, y su raro mérito hacian gran ruido en la corte.

Vióla un dia por accidente Procopio, hijo de Sirnfonio, gobernador de Roma, y quedó tan ciegamente enamorado de ella, que resolvió tomarla por esposa. Informado el padre de la calidad y de las grandes prendas de la doncella, aprobó mucho el pensamiento de su hijo; pero era menester el consentimiento de Inés. El primer paso que dió Procopio, fué enviarla un rico regalo, declarándola al mismo tiempo el fin de sus honestos deseos. Pero el desaire que le hizo en no recibirlo, y el desprecio con que se lo volvió, no produjeron otro efecto, que el de aumentar su pasion. Sirvióse de cuantos artificios pudo, y de cuantos medios discurrió para conquistarla: ruegos, promesas, ame-



STA. INES, V. Y M.

nazas, todo lo empleó; pero todo inútilmente. El último recurso de que se valió fue buscar modo para hablarla él mismo, no dudando que al cabo se rendiría á sus ternuras, y á sus sollicitaciones. Pero todo quanto pudo sugerirle una pasión ciega, vehemente y persuasiva, solo sirvió para desengañarle de la eficacia de sus mayores esfuerzos; porque animada Inés de un espíritu, y de una firmeza muy superior á sus años, le dijo con resolución: *Apártate de mí, aguijon del pecado, tentador importuno, y ministro del padre de las tinieblas. No te canses en aspirar á la mano de una doncella, que ya estaba prometida á un Esposo inmortal, único Dueño de todo el universo, y que solo dispensa sus favores á las vírgenes puras y castas.*

Una resolución tan majestuosa, y una respuesta tan desengañada, como poco prevenida, llenó á Procopio de desesperación. Exaltada furiosamente su pasión, se dejó poseer de una cruel melancolía. El padre, que le amaba con extremo, resolvió valerse de su autoridad, para lograr el beneplácito de los padres, y el consentimiento de la hija. Llamóla á su casa, y habiéndola recibido con toda la atención que correspondía á su calidad, y á su mérito: No ignorarás, la dijo, el fin para que te he llamado. Mi hijo desea apasionadamente ser dichoso, mereciendo tu mano. Tu nobleza, y la noticia que tengo de todas tus bellas prendas, me hacen aprobar gustoso su acertada elección. Parece que tampoco tú podrás aspirar á mejor partido, y no me persuado que serás tan enemiga de tí misma, que no abracés al instante esta proposición.

Inés, á quien el cielo habia dotado de una prudencia, y de una discreción superior á sus pocos años, respondió con singular modestia, pero con igual resolución: que conocia bien la grande honra, y la mucha merced que se le hacía en pensar en ella; pero que ya tenia escogido Esposo, mucho mas noble, y mas rico que Procopio. Que á la verdad, las riquezas de tal Esposo no eran de este mundo: pero por lo mismo eran mucho mas preciosas; y que la virginidad, que ella estimaba mas que todas las coronas del universo, era la única dote que su Esposo le pedia. Quedó confuso el gobernador, mostrando no entender quien era aquel Esposo de quien Inés le hablaba; y un caballero, que se hallaba presente, le dijo: Señor, esta doncella es cristiana, y desde su niñez está criada en las extravagancias de esta secta: con que no dudeis que este divino Esposo, de quien habla, es el Dios de los cristianos.

Entonces, mudando el gobernador de tono, y de modales; ya veo ahora, la dijo, qué es lo que te tiene trastornada la razón,

y alucinado el espíritu. Déjate, hija mía, de esas ideas frívolas de virginidad; déjate de esos supersticiosos fantasmones con que esa secta llenó las cabezas de todos los que la siguen. Sean nuestros dioses desde hoy en adelante el único objeto de tus cultos: sean sus máximas la regla de tus dictámenes y de tus operaciones. No hagas obstinación de la ceguedad. Mete en casa el buen día, y tiende los brazos á la fortuna que te los alarga, brindándote con una elevación de tanta honra para tí. Reflexiona bien lo que desprecias; y hazte cargo de que si lo abrazas, ocuparás un lugar distinguido en la cabeza del universo, poseerás grandes riquezas, serás una de las primeras señoras del mundo, y harás dichosa á toda tu casa. Por lo demás, añadió en tono impetuoso y severo, solo tienes veinte y cuatro horas de término para tomar tu partido. Escoge, ó ser la primera dama de Roma, ó espirar infamemente en los mas crueles tormentos.

«Señor, le replicó Sta. Inés, no he menester tanto tiempo para determinarme, porque mi partido ya está tomado: desde luego os declaro, que no admitiré jamás á otro esposo, que á Jesucristo, así como nunca reconoceré á otro Dios, que al soberano Criador de cielo y tierra. Y me admiro tengáis valor para proponer á una persona de razón, que adore á unos dioses de palo y de piedra. No penseis espantarme con la amenaza de los mayores suplicios; porque si reconozco en mí alguna ambición, es únicamente la de añadir la corona de mártir á la de virgen. Niña soy, y soy flaca; pero confío en la gracia de mi Señor Jesucristo, que me dará fuerzas para morir por su amor.»

Atónito quedó el gobernador al oír una respuesta tan animosa; pero volviendo de su primer asombro, quiso hacer la última tentativa. Como la Santa mostraba tanto amor á la virginidad, le pareció que nada la intimidaría tanto, como amenazarla con que haría fuese violada su entereza; y así la dijo: Escoge una de dos, ó casarte con Procopio, ó ser deshonrada en el lugar infame de las malas mujeres, antes de espirar en los tormentos.

«Tengo colocada toda mi confianza en mi divino esposo Jesucristo, respondió la Santa: él es poderoso para libramme de tus violencias, y él es tan celoso de la pureza de sus esposas, que no permitirá las quiten un tesoro que dimana de él, y que está debajo de su custodia. Vuestros dioses hediondos y malvados os inspiran semejantes infamias; pero el Dios de la pureza, á quien yo sirvo, sabrá libramme de vuestros impíos intentos.»

Espumando Sinfonía de cólera y de furor, mandó que la instante la cargasen de cadenas. Al punto trajeron los ministros

una multitud de argollas, grillos y esposas, que con el ruido y con la vista hacían estremecer. Pero Inés no mudó ni de color ni de semblante, ni de lenguaje en presencia de los verdugos y de los instrumentos. Mantúvose serena en medio de aquel funesto aparato, y oprimida con el peso de las cadenas estaba libre, porque no se habían hecho aquellos hierros para un cuerpecillo tan pequeño. Enternecíanse todos, sin poder contener las lágrimas, hasta los mismos paganos; pero Inés no podía disimular su alegría, agobiada debajo de las prisiones.

Llevaronla como arrastrando al templo, para que ofreciese sacrificio á los ídolos; pero esto solo sirvió para que confesase públicamente á Jesucristo en presencia de mayor concurso. Movieronla por fuerza la mano; mas ella hizo la señal de la cruz, levantando, por decirlo así, este trofeo sobre los mismos altares de los demonios.

Confuso el gobernador con la constancia de aquella doncellita, sin darse por vencido, se hizo mas furioso. Creyendo, y con razón, que el lugar infame de las mujeres perdidas le causaría mas horror que la misma muerte, la hizo conducir á él; pero un ángel la defendió, y desprendiéndose de lo alto una celestial luz, convirtió aquel hediondo lugar en oratorio, santificado con las oraciones y con los votos de la santa virgen.

Solo Procopio, mas osado que los demás, se atrevió á entrar, con resolución de profanarle; pero al instante cayó muerto á los pies de la Santa. Llenó de consternación á todos un caso tan espantoso. Traspasado de dolor el prefecto con la muerte de su hijo, mudó las bravatas en súplicas y en ruegos, y pidió á Inés que resucitase á Procopio. Apenas levantó los ojos y las manos al cielo, cuando volvió á la vida el infeliz y ya dichoso mancebo, porque volvió publicando en alta voz, que todos los dioses de los gentiles eran vanos y quiméricos; y que no había otro verdadero Dios, sino el que adoraban los cristianos.

Como había sido interesado el gobernador en aquel evidente milagro, no pudo menos de mostrarse favorable á Sta. Inés; pero los sacerdotes de los ídolos, que habían concurrido á la voz de aquella maravilla, conmovieron tanto al pueblo contra la santa virgen, tratándola de hechicera, de maga y de sacrilega, que el gobernador, temiendo una sedición si la libraba, y no atreviéndose á condenar á muerte á la que había dado á su hijo la vida, tomó el partido de retirarse y cometer la causa á Aspasio su teniente. Intimidado éste con los gritos del pueblo, que clamaba contra Inés, como contra una maga y hechicera, dió sentencia de que fuese quemada viva.

Previnóse la hoguera; llenóse el pueblo de espectacion, y ardió en una furiosa impaciencia de ver reducida á cenizas aquella dichosa victima; pero el fuego la respetó reverente. Divididas las llamas en dos partes, la dejaron intacta en medio del brasero, como se conservaron ilesos los tres mancebos hebreos en el horno de Babilonia; pero arremolinadas despues las llamas por uno y otro lado, abrasaron á muchos de los circunstantes, que hacian el oficio de verdugos.

En fin, obstinándose siempre los sacerdotes y el pueblo en atribuir aquellas maravillas á industria y artificio del demonio, y temiendo el teniente algun alboroto, mandó que un verdugo la degollase en el mismo lugar donde habia de ser quemada. Impaciente entonces la Santa con el ansia de unirse siempre en el cielo con su divino Esposo, le suplicó que se dignase en fin de consumir su sacrificio. Y volviéndose al verdugo, que se iba acercando á ella con una especie de temblor y miedo reverencial, le alentó á que cumpliese con su oficio, diciéndole con valor: «Date prisa á destruir este cuerpo que ha tenido la desgracia de agradar á otros ojos que á los de mi divino esposo Jesucristo, el cual fué siempre el único dueño de mi corazón. No temas darme una muerte, que comienza á ser para mí el principio de una vida eterna.» Y levantando amorosamente los ojos hacia el cielo: «recibid, Señor, exclamó, á esta alma que tanto os costó, y á la cual amais vos tanto.» Al acabar de decir estas palabras, el verdugo con mano trémula la pasó la espada por el pecho, y al instante espiró. De esta manera, dice S. Jerónimo, Inés, haciéndose superior á la natural flaqueza de su edad, y de su sexo, consiguió dos victorias del enemigo de Jesucristo: y consagrando por el martirio el honor de la virginidad, mereció en el cielo una duplicada corona.

No pudo estorbar todo el furor de los paganos que el cuerpo de la Santa fuese enterrado como con una especie de triunfo. Los muchos milagros que desde luego se comenzaron á obrar en su sepultura, aumentaron la devocion de los fieles, y desde entonces se hizo célebre el nombre de Sta. Inés en todo el orbe cristiano. No contentándose la Iglesia con solemnizar una fiesta en honra de la Santa, hace dos veces memoria de ella. El día 21 celebra su pasion y gloriosa muerte en la tierra, y el 28 solemniza su nacimiento en el cielo. El concurso á su sepulcro fué siempre muy numeroso, no solamente de los fieles, sino tambien de los mismos paganos que se mezclaban con ellos, para entrar á la parte en los milagrosos favores de la Santa. Edificóse en el mismo lugar una magnífica iglesia con el título de santa Inés,

desde el tiempo del grande Constantino; y en esta iglesia de santa Inés se bendicen todos los años dos corderitos vivos, de cuya lana se forma el *palio*, que los Papas envian á los arzobispos.

LOS SANTOS FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA, AUGURIO Y EULOGIO, MÁRTIRES.



S. FRUCTUOSO, O. Y M.

AUNQUE de S. Fructuoso, uno de los obispos mas célebres que han florecido en la Iglesia de España, no nos consta cosa cierta en orden á su patria, sus padres, ni primera educacion; porque los escritores de sus Actas solo nos dicen de su glorioso martirio: con todo, por la dignidad á que fué elevado en los primeros siglos de la Iglesia, en que solo atendian los cristianos al mérito personal de los obispos para elegirles en tan alto ministerio, podemos inferir la pureza de la fe, y la justificacion de la conducta de este héroe verdaderamente digno de los mayores elogios.

Movieron los emperadores Valeriano, y Galieno contra la Iglesia una de las mas crueles persecuciones que padeció en tiempo de los Gentiles; pero no satisfecho su implacable furor con que fuese Roma el teatro mas sangriento donde se sacrificaban cada dia innumerables víctimas de inocentes cristianos, sin otra causa que la de no rendir sacrilegas adoraciones á las vanas estatuas representativas de deidades quiméricas, despacharon por todas las provincias del Imperio ministros autorizados con el título de presidentes, ó de gobernadores, con el impío designio de extinguir si pudiesen el cristianismo. Vino á España por gobernador de la provincia de Tarragona Emiliano, hombre de condicion cruel, empeñado como el que mas de los paganos en sostener á toda costa el culto de los dioses romanos: y apenas llegó á aquella ciudad, que era la capital de su departamentó, hizo publicar los acostumbrados bandos por los que se prevenia á todos los vasallos del Imperio, que ofreciesen sacrificios á los ídolos só pena de padecer los tormentos mas crueles.

Supo este tirano los progresos que hacia en la Religion Cristiana el obispo Fructuoso con sus dos diáconos Eulogio y Augurio, y graduando sus procedimientos por un desprecio criminalísimo de los Príncipes del mundo, dió orden á sus ministros Aurelio, Festucio, Helfo, y Polencio para que pusiesen en prision inmediatamente al venerable Prelado. Llegaron á la casa de Fructuoso un domingo, en tiempo que se habia retirado á descansar, concluida la liturgia salmodia, y mística, esto es, los